

**Título: Muertos de nadie.**

**Autor: Juan Pablo Figueroa Lasch (Chile)**

**Medio: CIPER (Chile)**

## MUERTOS DE NADIE

### MUERTOS DE NADIE (I): ABANDONADOS EN EL SERVICIO MÉDICO LEGAL

*Nadie los reclama. Y ni siquiera existe alguien que lleve el registro de cuántos cuerpos se acumulan en las dependencias del Servicio Médico Legal de todo el país esperando ser identificados o que alguien los seposite. CIPER descubrió que al 14 de octubre, sólo en Santiago había 77 chilenos muertos abandonados, algunos incluso desde 2001. Otros doce cuerpos fueron enterrados en abril en el Cementerio General, ya identificados, pero abandonados. Reconstruimos algunas de sus historias para desentrañar el misterio de la última soledad. Como la de Jaime Cifuentes, a cuyos familiares debimos informarles de su muerte porque nadie se dio el trabajo de ubicarlos.*

Los perros del barrio me delatan mientras me aproximo a la puerta de la casa. Sólo ayer llegué hasta esta misma puerta buscando a la madre de Jaime Cifuentes Salazar. Pero ella no me quiso hablar. Dijo que no creía lo que yo le anunciaba, que volviera al día siguiente con documentos y le contara cómo sucedió. Eso hago. Golpeo. Los perros me siguen ladrando. Ella se asoma.

Apenas entro a su casa me ofrece asiento y un vaso de jugo. Me lo entrega, se sienta en una mecedora y empieza a mirarme. Le hablo del calor, de lo linda que es su nieta que juega en un rincón. Su mirada transmite ansiedad y nerviosismo. Supongo que la mía también. En sus ojos hay también algo de miedo. Sentada, espera que le diga lo que probablemente no quiere escuchar.

¿Cómo decirle que Jaime Cifuentes Salazar murió hace más de un año, que estuvo 10 meses en el Servicio Médico Legal (SML), que lo autopsiaron, que lo diseccionaron unos estudiantes, que nadie se preocupó de avisarle, que nadie lo reclamó, que se deshicieron de él por “un tema sanitario y de espacio” y que cuando lo enterraron junto a otros 12 cuerpos nadie lo acompañó?

#### **“Señora, su hijo está muerto”**

La madre sigue allí sentada esperando. Y mientras la miro y ordeno una vez más la cronología de lo que ocurrió con su hijo, me doy cuenta de que otras mujeres pueden estar como ella: preguntándose dónde estará su hijo, su padre o su hermano, sin tener idea de que llevan días, meses y hasta años, muertos.

De las cerca de 85.500 muertes que ocurren al año en Chile según las cifras del Registro Civil, alrededor de 10.500 van a parar a las salas de autopsia del SML. Pero no hay estadísticas que hablen de la cantidad de cuerpos que esperan que alguien los reclame. Solamente en Santiago, al 14 de octubre había 77: de ellos, 28 identificados y 35 no reconocidos aún. Las cifras del resto del país comenzaron a recopilarse sólo después de que CIPER las solicitó y hasta hoy sólo han respondido 8 de los 37 SML provinciales.

Pero a la mamá de Jaime Cifuentes no le interesa todo eso. Ella quiere saber qué pasó con el menor de sus hijos, al que llamaban *Junior*. Y ahí está, sentada y esperando que yo se lo diga.

Saco de mi bolso los documentos: un artículo de un diario, una copia del informe de su autopsia, su registro en Dicom, su certificado de defunción... Y bebo un sorbo de jugo.

Le cuento que el nombre de Jaime apareció en un pequeño artículo publicado en *El Mercurio* el 10 de abril de este año, que hablaba de un entierro múltiple en el Cementerio General. El día anterior, 13 cuerpos llegaron hasta allí desde el SML de Santiago luego de pasar casi todo el 2007 sin ser reclamados. El más antiguo está ahí desde el 2001. Doce de ellos fueron identificados. Jaime estaba en esa nómina. Le explico que todos los cuerpos que ingresan tienen tres factores en común: tuvieron muertes imprevistas o violentas, sus decesos no han podido ser certificados y llegaron al SML por orden de un fiscal que investiga si hubo o no delito en sus muertes.

Ella escucha con atención sin dejar de mirarme.

También le digo que los cadáveres llegan en una camioneta del SML desde la calle, un hospital o una casa. Que pueden estar vestidos o desnudos. Que puede ser una anciana que sufrió un paro cardíaco, un joven que protagonizó una riña o un hombre que bebió hasta morir. Y que pueden entrar identificados o caratulados como N.N. Que luego pueden ser reclamados o quedar abandonados.

Que eso último fue lo que le ocurrió a su hijo.

### **Nadie los reclama**

En promedio, el SML de Santiago recibe 10 cuerpos diariamente. Muchos permanecen allí hasta tres días, aunque en general sólo pasan 24 horas antes de salir por la puerta de avenida La Paz, donde sus familiares los esperan. Al llegar se ve a grupos de mujeres que lloran y se abrazan mientras algunos hombres caminan de un lado a otro y otros más jóvenes, con muecas de impaciencia, fuman uno, dos, tres cigarrillos. También hay unos pocos niños que corretean sin entender mucho lo que ocurre. Todos esperan a la víctima de un accidente, una enfermedad o un asesinato, para poder cumplir con el rito atávico de enterrar a los suyos.

Pero Jaime Cifuentes no tuvo un funeral ritual. Murió en un accidente el 2 de junio de 2007 y su cuerpo permaneció 10 meses en una cámara del SML, refrigerado a -4°C, el sitio destinado a los muertos que nadie quiere y donde sólo hay lugar para 112 cuerpos. De los 77 que permanecían hasta el 14 de octubre en las cámaras del SML sin ser reclamados, el que llevaba más tiempo llegó hace siete años. El último llevaba sólo unas horas esperando.

Según el artículo 139 del Código Sanitario, “ningún cadáver podrá permanecer insepulto por más de 48 horas, a menos que el Servicio Nacional de Salud lo autorice, o cuando haya sido embalsamado o se requiera practicar alguna investigación de carácter científico o judicial”. Pero sólo el fiscal puede autorizar su salida.

-En muchos casos nadie los reclama a pesar de estar reconocidos. Entonces, el SML no les da “cristiana sepultura”. Permanecen en una lenta espera hasta que la mitad de las cámaras se llena. En ese momento un funcionario (del SML) le pide al fiscal que certifique que ha entregado el cuerpo para efectos de disponer -cuenta Leonardo De la Prida, fiscal jefe de la Fiscalía Centro Norte.

Existen tres formas de “disponer”: enterrarlo en el Cementerio General, incinerarlo o, en caso de que alguna universidad lo solicite -y que cumpla los requisitos-, se le entregue para su estudio.

Le informo a la madre que lo primero, enterrarlo en el Patio 129 del Cementerio General, fue lo que se hizo con su hijo y los otros 12 cuerpos que nadie reclamó. Sin dejar de mirarme, ella dice: “¿Y cómo murió?”. La mayor de sus hijas, que acaba de llegar, la apoya con sus ojos. Les muestro el certificado de defunción. La madre lo revisa, lee “electrocución” y se contiene. Vuelve a mirarme y dice que ahora entiende cómo murió, que más tarde me lo dirá, que primero le cuente lo que sé.

Y empiezo mi relato con lo que hace sólo unos días me dijo el único testigo de su muerte.

### **La muerte del joven sin papeles**

Luis Cárdenas es dueño de una confeccionadora de ropa de trabajo en Independencia. Recuerda muy bien cómo conoció a Jaime Cifuentes y también cada detalle de lo que ocurrió aquel 2 de junio de 2007, el día de su cumpleaños y que terminó presenciando la muerte de Jaime:

*Lo conocí un domingo que fui a La Vega, más o menos un mes antes de mi cumpleaños. Jaime tenía una imagen precaria, pero se notaba que no era una persona de la calle. Hablaba bien, no usaba palabras en coa así que me dio buena impresión. Medía alrededor de 1,65 ó 1,70 metros, era más bien delgadito, de pelo castaño claro, ojos verdes, piel blanca. Vestía una parka azul oscura y un blue jeans que ya estaba bastante ajado.*

*Ahí en La Vega me lo presentó un muchacho que había trabajado conmigo. Le pregunté a qué se dedicaba. Me dijo que andaba cesante y tenía problemas; que era de Los Ángeles, que había dejado su trabajo como vigilante, que no lo habían finiquitado, que le debían plata y que estaba prácticamente en la calle. Dormía en una hospedería de General Velásquez donde pagaba \$2.000 por noche. Le pregunté si tenía una especialidad.*

-No -me contestó-, la verdad es que las veces que he trabajado en Santiago ha sido de guardia en alguna empresa, pero especialidad no tengo. Le agradecería si usted pudiera darme una manito.

*Le dije que vería qué podía hacer. Le pregunté si tenía su carnet de identidad y certificado de antecedentes. Pero no. Me dijo que un día se quedó dormido en la hospedería y le robaron la mochila. La cosa es que pasó el tiempo y me olvidé del tema. Un día pasaba por el costado de la Catedral, cuando lo vi sentado allí donde se instalan los peruanos. A esa altura se veía que estaba bastante deteriorado porque ya tenía mucho más sucia la ropa. Y era la misma que la otra vez.*

-Hola, compadre, ¿cómo está? -le dije.

-Nada, aquí estamos, mal. No me ha ido bien. He estado complicado con el tema del trabajo.

-¿Y tus papeles? ¿No has podido hacer algo? Cargar en La Vega, lo que sea para salir de esa situación.

-No, está complicado, porque en La Vega son grupos que se juntan y no dejan entrar a cualquiera... Ya no tengo plata para pagar la hospedería...

*Así que le pedí que me ayudara a construir una pared en mi casa. Podía hacerlo solo, pero lo invité por una cuestión humanitaria. Le iba a pagar \$20.000. A los pocos días me llamó y el 2 de junio llegó, con la misma parka y el mismo blue jeans.*

*Empezamos a trabajar como a las 11:00. Ya tenía todo bastante avanzado: terminé el molde de madera y le dije que se preocupara de la mezcla. Mientras trabajábamos, él decía que iba a sacar sus papeles y que con eso iba a encontrar algo. Estaba súper entusiasmado: no le alcanzaba a pedir una cosa y él ya estaba corriendo. Le pregunté si tenía polola o si era casado. Me dijo que no, que nada, aunque me pareció que se tiró por el desvío. Era muy hermético con sus cosas. Incluso pensé que tenía antecedentes y le daba vergüenza reconocerlo. Cuando me lo encontré en Catedral le pregunté por su familia.*

-¿Sabe, don Luis? A mí no me gusta que me pregunten sobre mi vida privada-, me contestó en seco. Nunca más le pregunté...

*Ya listos el molde y la mezcla, le dije que tenía que llenar el balde, pasármelo y yo iría rellenando. En un momento me di cuenta que la carga no avanzaba, que había una fuga, así que entré a arreglarlo. De repente, escuché un grito fuerte. Me asusté. Salí y lo vi de pie y temblando en medio de la mezcla con agua y con una galletera eléctrica en las manos. Me desesperé. Me tiré encima de él pero la corriente me tiró para atrás. Me paré de nuevo y tiré del cable para desenchufar la máquina. Y ahí cayó. Se quejaba, le costaba respirar. Traté de hacerle primeros auxilios: se estabilizó un poco, pero se quejaba mucho. Me decían que llamara a la ambulancia, pero convencí a una vecina de que lo lleváramos de inmediato al hospital J. J. Aguirre, que estaba a sólo tres cuadras.*

*Apenas entramos a la unidad de urgencia los médicos se llevaron a Jaime a un box donde empezaron la resucitación. Yo estaba como despegado del suelo...La cosa es que como a la hora me llaman. Me alivié: pensé que ya lo habían estabilizado.*

-Mire señor, el joven no pudo resistir -*me dijo el doctor.*

Hasta allí le transmito a la madre paso por paso el relato que me hizo Luis Cárdenas de la muerte de Jaime Cifuentes. Pero ella sigue mirándome sin hacer comentario alguno.

Le digo que a las 17:15 de ese sábado 2 de junio, su hijo murió. Que unos carabineros llegaron hasta el hospital para tomarle declaración a Luis Cárdenas; que el testigo de la muerte de su hijo trató de recuperar el cuerpo para enterrarlo; que no pudo porque había una investigación en curso en la fiscalía. En mayo de este año lo intentó de nuevo: le dijeron que ya lo habían retirado. Creyendo que había sido su familia, se quedó tranquilo y se olvidó del asunto. Hasta que CIPER lo contactó y supo que a Jaime nunca lo reclamaron. La madre y su hija me siguen mirando. Les digo que Luis Cárdenas no logra entender por qué Jaime tomó la galletera porque no la estaban usando. Sólo entonces la madre habla. Dice que lo conocía lo suficiente como para estar segura de que lo hizo a propósito. Que ya lo había hecho antes...

Entonces la madre se decide y abre la compuerta de la otra vida de Jaime Cifuentes.

### **Junior se fue**

El 30 de mayo de 1998 Jaime Cifuentes Salazar se iba a graduar de su servicio militar en Los Ángeles. La madre y su esposo estaban invitados a la ceremonia. Jaime había pasado el último año trabajando en la lechería y el rancho del regimiento. Tenía 22 cicatrices en la cabeza -que quedaron al descubierto cuando lo raparon- y las manos agrietadas. Algunos le decían *Jimmy*, otros *Jaimito*, pero como su papá -jubilado de Carabineros- tiene el mismo nombre, en su casa le decían *Junior*. Y el día de su graduación como conscripto, *Junior* no recibió la visita de sus padres. No pudieron viajar. En los días siguientes los padres esperaron su regreso. No llegó. Pasaron más días, semanas, meses. Nada. Siguieron esperando.

La verdad, no se extrañaron mucho. Él solía desaparecer sin avisar. Partía con lo que tenía puesto -muchas veces sin documentos- para luego aparecer sin anunciarse: nunca pudieron controlarlo.

La madre dice que ya cuando su hijo tenía dos años, no podía ni darse vuelta porque el niño desaparecía. Luego sigue recordando y cuenta que años más tarde Jaime se subía al techo de la casa y también a los eucaliptos en una parcela que tenían en Isla de Maipo: "Amarra una cuerda y se lanzaba desde los árboles balanceándose a lo Tarzán". Una vez tomó el arma de su padre y disparó dentro de su habitación: la bala le pasó junto a la cabeza después de rebotar en la pared. Ese fue el segundo tiro porque más tarde le contó a una tía que el primero lo disparó apuntando a su frente. "Mirando el hoyito", le dijo. Se salvó porque el padre siempre dejaba el arma con el primer tiro vacío.

A los 10 años se amarró una toalla al cuello y se colgó de la barra de la ducha "para saber lo que sentían las personas que se ahorcaban". Cuando salía, se colgaba de las micros y cuando jugaba con autos deportivos de juguete, decía que de grande le encantaría tener uno igual para manejarlo rápido y "chocar fuerte, pero que no me duela".

-Le encantaba llevar las cosas al límite. Era temerario -recuerda su hermana.

La mamá de Jaime reconoce que todos en la casa estaban pendientes del hijo menor, que todo giraba a su alrededor y que ella estuvo "en un 95% para él y sólo un 5% para los demás". Por eso, cuando no volvió después de terminar el servicio militar, ella lo empezó a buscar. Por paraderos, por estaciones de buses, por calles de Santiago y de Los Ángeles. No lo encontró. Meses después supo por una tía que *Junior* había vuelto al regimiento.

A los militares les dijo que en su casa no lo querían, que su madre era su madrastra y que le había intentado disparar, que lo habían maltratado toda su vida, que no tenía hogar. "Todos le creyeron", dice la madre.

### **Jaime y sus mentiras**

En la casa de Jaime todos recuerdan sus dotes de actor. Su mamá cuenta que un día en que Jaime debía estar en el colegio, lo encontró sentado en la puerta de un almacén con un pedazo de pan en la mano. Había estado todo el día ahí sentado. Se lo llevó a la casa y al llegar, cuando le abrió la mochila, descubrió que estaba llena de panes.

-Decía que no tenía comida, que no lo alimentaban en su casa y pedía pan. A todos los convenció. Le encantaba dar la apariencia de no ser querido por la familia. Y era el que más recibía...

-Y se manejaba muy bien. Era muy bueno para vender la pomada y quedar como el pobrecito -acota su hermana.

De adolescente, Jaime siguió siendo hiperactivo y muy despreocupado, dice la madre. Tampoco se bañaba. Pero la mayor de sus dos hermanas logró hacerlo cambiar: le enseñó a cuidarse, a echarse gel en el pelo y a vestir bien. Otro problema era que se gastaba toda la plata que tenía a su alcance en golosinas y juegos electrónicos. Cuando lo mandaban a comprar a la esquina, demoraba más de una hora y volvía contando que le habían robado o que había perdido la plata.

Después de llevarlo al psiquiatra, descubrieron que *Junior* era mitómano. Años más tarde, otro profesional le diría a la madre que, por sus características, podría ser esquizofrenia. Dos años estuvo *Junior* fuera del hogar. Cuando regresó ya tenía una hija, aunque dijo que no la veía desde hacía un tiempo. El reencuentro con su familia fue breve. Al cabo de unos meses, volvió a partir.

-Lo que quería era vivir, llevar otra vida -dice su madre.

Y para avalar sus dichos la madre dice que Jaime nunca tuvo proyectos. De niño se interesó por las faenas agrícolas -de ahí que haya entrado a la lechería en el regimiento- y estuvo en un colegio especializado en Los Ángeles. Pero en segundo medio lo abandonó y ya no quiso estudiar más. Su idea era vagar. En una de sus idas y venidas al hogar, contó que pasó un año recorriendo el país con el circo Las Águilas Humanas. Nunca supieron si fue verdad.

Cuando su hija tenía poco más de un año, recién su familia la conoció. Ella y su madre se fueron a vivir junto a la familia de Jaime. Él las acompañó un tiempo, pero volvió a desaparecer. Después, ellas también se fueron. Supieron que trabajó de copero en distintos restaurantes, de guardia en otras tantas empresas, pero nunca tenía dinero. Dormía en pensiones. Siempre la madre lo buscaba. Una vez lo ubicó en una pensión y cuando llegó a verlo, *Junior* ya se había ido. No sólo nadie sabía nada de su paradero, sino que había dejado deudas. La madre pagó y siguió buscándolo.

La última vez que la madre lo vio fue hace cuatro años. *Junior* pasó un tiempo en la casa familiar, pero la madre confiesa que la situación ya la había hartado. Le dijo que no le iba a pasar más plata. Y ocurrió lo mismo que cuando era un niño. No estaba enojado, sólo dijo "chao" y salió con lo puesto. *Junior* nunca volvió.

Era diciembre. Al finalizar ese mes llegó a la casa una carta anunciando que lo habían despedido por no volver al trabajo. Sus hermanas dicen que después -no recuerdan bien cuándo- lo volvieron a ver en la calle. Él se escondió. Nunca más supieron de él.

-Toda mi vida pensé que iba a terminar mal. De cada diez cosas que hacía, sólo una era buena -dice la madre.

## **“No me extraña, él era así”**

Le pido a la madre que me diga por qué dijo saber cómo murió cuando leyó su certificado de defunción.

-Porque él era así. Lo más probable es que haya tomado la herramienta y se haya metido a la mezcla de adrede para saber qué se siente. Sólo que no esperaba que el golpe de corriente fuera tan fuerte. Jaime era muy inteligente, pero también muy tonto -dice.

La madre también tiene nuevas dudas. Quiere saber si vi su foto, si estoy seguro de que el cuerpo del muerto era Jaime. Le digo que sí, que vi la imagen en la carpeta del SML, la de la autopsia... “No siga..., no siga, no diga nada más”, dice.

Ya oscureció. Antes de partir le digo que su tumba es la 713 en el patio 129 del Cementerio General. Su madre dice que lo dejará ahí mismo. Desde atrás, la hermana dice que tienen que discutirlo.

Me voy con la promesa de no incluir sus nombres en mi reportaje y sabiendo que no les dije lo que no querían escuchar: que en el SML lo abrieron una vez para su autopsia; que lo volvieron a abrir unos estudiantes universitarios; que después de certificar que en su muerte no había delito, lo dejaron botado; que nadie se hace responsable de no haberles avisado; que su sepultura es una de las más abandonadas del patio 129.

## **MUERTOS DE NADIE (II): LA RUTA DE LOS CADÁVERES SIN DUEÑO**

*Los familiares de Jaime Cifuentes, el protagonista de la primera parte de esta serie, fueron informados por CIPER de que éste llevaba meses muerto y enterrado. Nadie se preocupó de hacerlo. Su caso no es aislado. El Servicio Médico Legal, la Policía de Investigaciones y las fiscalías se endosan mutuamente la responsabilidad de notificar a los parientes de las personas que mueren lejos de los suyos y van a parar a la morgue sin ser reclamadas. Al final, nadie cumple la misión. Los cadáveres son diseccionados y refrigerados por meses o años. Un macabro camino antes de ser abandonados en el cementerio.*

“No, ¡pero cómo! No puede ser...” Natalia González se queda muda unos minutos. Le acabamos de informar que el padre de su hija, Jaime Cifuentes Salazar, murió hace un año y medio, que fue a dar al Servicio Médico Legal y como nadie lo reclamó, fue enterrado en el Patio 129 del Cementerio General en abril pasado. La joven mujer no puede entender. “Si hace sólo algunos días fui con todos los papeles a la comisaría nuevamente para intentar notificarlo de una demanda por alimentos -explica-, y me dijeron que si no tenía su último domicilio era imposible”.

Lo increíble es que nadie le haya informado que Jaime Cifuentes murió, así como tampoco contactaron a su madre o algún familiar. Era tan fácil como buscar en su registro de



Dicom, donde aparece la misma dirección donde Natalia vive ahora, un departamento en la Villa Brasilia de Santiago. Así fue como CIPER la encontró. Y allí conocimos lo que ocurrió en el último año de vida del hombre que murió electrocutado dos meses después de haberse esfumado de la vida de Natalia González.

-Fue en abril de 2007... Jaime desapareció sin avisar. Se fue sin documentos, con una mochila, un Play Station y una cartuchera con CD's de un primo mío -dice la mujer de 23 años.

Luego de un nuevo silencio, Natalia cuenta que lo conoció hace cuatro años en una discoteque. Tuvieron una hija y vivieron juntos durante más de un año en la casa de sus padres, allí en Villa Brasilia. Durante el tiempo que estuvieron juntos, Jaime fue guardia de seguridad, vendedor de libros, copero en restaurantes y hasta trabajó en un criadero de caracoles para la fabricación de cremas. Generalmente trabajaba de noche. Durante el día -dice- se dedicaba a jugar con los primos y sobrinos de Natalia y gastar la plata en pool, juegos electrónicos, cibercafés y en dulces. Incluso se compró un órgano: le confesó que su sueño era llegar a tocarlo. Al poco tiempo lo empeñó en una botillería.

Pero de su pasado Jaime no hablaba casi nada: que sus padres vivían en Maipú, que su papá fue carabinero, que su mamá lo maltrataba al punto de amenazarlo con una pistola. Tampoco mencionó que tenía otra hija.

-Su personalidad tenía una parte medio extraña. Escondía mucho su pasado. Lo único que decía era que sus papás no lo querían -dice Daisy Soto, amiga de Jaime y Natalia.

-Nunca supe si era verdad o mentira. Era muy mentiroso, pero no se iba así no más. A lo más desaparecía un día o dos, cuando se quedaba con algún amigo. Le gustaba hacer ejercicios, usar ropa que le marcara los músculos y cremas y artículos para el cabello. Era atractivo pero muy inmaduro. A pesar de que tenía 27 años, era como conversar con un chiquillo de 14 -recuerda su ex polola.

Natalia ya había decidido terminar la relación. Pero antes, Jaime se fue. Y desde abril de 2007 Natalia nunca más supo de él. Atrás dejó a su hija, su ropa, su currículum, su carné y un documento donde aparecía la dirección de sus padres. Sólo una vez se volvió a comunicar por chat con un primo de Natalia. Le dijo que estaba viviendo en la calle, que a veces se quedaba en las hospederías del Hogar de Cristo, que le habían robado su Play Station y sus CD's, y que lo perdonara por habérselos llevado.

Al poco tiempo, Jaime se electrocutó mientras trabajaba con el pequeño empresario textil Luis Cárdenas en el arreglo de una puerta. Lo llevaron al hospital y ahí murió. Su cuerpo quedó a la espera de que un fiscal ordenara que lo llevaran al Servicio Médico Legal (SML).

## **El proceso de los muertos**

Para cuando la camioneta del SML llegó al hospital J. J. Aguirre, a Jaime Cifuentes ya le habían quitado la ropa y las pertenencias que pudo haber tenido. De todo ello no quedó registro. Habían pasado dos días desde su muerte por electrocución el 2 de junio de 2007 y así, desnudo, se cumplió con el procedimiento establecido.

-En el sitio del levantamiento se llena una planilla con el nombre del fallecido (si es que se tiene), el número de parte y oficio, la fiscalía a cargo, procedencia del carabinero que toma los antecedentes y el lugar donde lo hallaron. También se consigna la hora probable del fallecimiento, dónde y cómo fue encontrado, la orden del fiscal, si tiene o no pertenencias, la causa basal si se puede determinar y el nombre del policía que llena el formulario. Una vez aquí (SML), se vuelven a verificar los antecedentes. Se agrega la hora de ingreso y el peso del fallecido y se le pone el brazalete de identificación con el nombre, número de protocolo y el lugar desde donde fue derivado (comisaría u hospital) -explica la doctora Karime Hananías, jefa de la unidad de identificación del SML de Santiago.

El número que a Jaime le tocó fue el 1.654 porque antes -y sólo en Santiago-, 1.653 cadáveres pasaron por lo mismo en 2007. Y aunque poco después sus huellas dactilares confirmaron su nombre y apellidos, ese número lo identificaría hasta el día de su entierro. Pero para eso aún faltaban diez meses.

Las siguientes 24 horas las pasó en una de las 72 bandejas que hay en la cámara de tránsito, una habitación refrigerada entre 2°C y 3°C donde los muertos esperan por su autopsia por orden de llegada. Si hay muchos, los que han sido reclamados tienen prioridad. Pero por Jaime Cifuentes nadie preguntó. El martes 5 de junio de 2007, a Jaime lo abrían y vaciaban sobre una mesa de disección.

Lo primero que hizo el doctor Mauricio Silva fue revisarlo por fuera. Jaime estaba rígido y las livideces rojizas (se forman cuando la sangre decanta) se habían fijado en su espalda y la parte baja de su cuello. Ya tenía pequeñas excoriaciones en distintas partes del cuerpo y en su pecho, marcas ovaladas de los intentos de reanimación. Lo fotografiaron. Tenía los ojos y la boca entreabiertos y una barba de no más de una semana. Su rostro, aunque pálido, se veía terso, joven. Pelo de mediana longitud en su cabeza. Luego le quitaron el cuero cabelludo para ver si había lesiones en el cráneo. Después, parte del cráneo para ver su cerebro. En cosa de minutos, Jaime tenía la cabeza, el cuello, el tórax y el abdomen abiertos y dos médicos alrededor que cortaban y analizaban sus órganos.

Terminada esa primera fase, los facultativos devolvieron todo a su lugar, le drenaron la sangre y los demás fluidos y cerraron su cuerpo. También emitieron su informe: muerte por electrocución sin intervención de terceros. Para cuando el informe de la autopsia llegó a la fiscalía, Cifuentes ya llevaba dos meses en una cámara individual, aunque tuvo un breve recreo: el 19 de junio un grupo de estudiantes de la UMCE lo diseccionó.

No hay cifras claras, pero según el fiscal jefe de la Fiscalía Centro Norte, Leonardo De la Prida, en más del 90% de los casos caratulados como “Muerte y hallazgo de cadáver”, no hay delito. Lo ocurrido con Jaime correspondía a ese porcentaje, por lo que el expediente se cerró. Y como nadie lo fue a reclamar, lo que pase con el cuerpo es tierra de nadie.

-Si se descarta que haya delito, no me queda nada que investigar. Me hago cargo sólo mientras el cuerpo pueda probarme algo. Y cuando no hay nadie que solicite el cuerpo, no hay a quién hacerle el certificado de “disponga” (enterrarlo, incinerarlo o usarlo en estudio). Ahí se queda atrapado hasta que el SML nos dice que necesita deshacerse de él por temas sanitarios y de espacio -dice De la Prida.

### **¿De quién es este cuerpo?**

El de Jaime Cifuentes no era el único cuerpo que esperaba por alguien que lo fuera a buscar. En el grupo de 13 cadáveres que llegó en abril al Cementerio General había muertos que llegaron entre febrero de 2007 y enero de 2008. El último en sumarse fue Jorge Salazar Valdivieso. Un edema pulmonar lo tumbó a los 43 años. Los demás eran Luis Oteíza Figueroa, Raúl Aguilera Jordán, Manuel Aguayo Carrillo, Pedro Núñez Núñez, Edgardo Flandes Soto, José Cortés Contreras, Carlos Cifuentes Soto, Arnoldo Monsalve Gatica, José Sepúlveda Bernales, Juan Alberto Silva Leal y un hombre que nunca fue identificado.

A diferencia de Jaime Cifuentes -que llegó con nombre y apellidos-, al menos seis del grupo fueron parte de los 333 muertos que ingresaron sin identidad el año pasado al SML de Santiago. Entre el 01 de enero y el 05 de septiembre de 2008, 140 cadáveres llegaron como N.N. De ellos, 135 fueron reconocidos y 127 retirados: ocho esperan que algún familiar o amigo los reclame y cinco permanecen aún sin identificar.

-Un cuerpo no se entrega a la familia hasta que sea identificado -explica la doctora Hananías-. Para identificar con certeza utilizamos datos científicos e indicativos. Los primeros, permiten determinar la identidad en forma clara e irrefutable: las impresiones dactilares (se comparan con las bases de datos del Registro Civil, Carabineros, Investigaciones y/o Gendarmería), las características maxilofaciales y las muestras de ADN. Los datos indicativos se utilizan principalmente en restos óseos para determinar sexo, edad, talla. En esta categoría también están las prótesis, lunares, cicatrices, tatuajes y todo lo que ayude a definir la identidad de un cuerpo sin ser determinante. Pero mientras no tengamos certeza científica de su identidad, no lo despachamos: lo mantenemos como N.N. hasta que el fiscal dé la orden de entregarlo o inhumarlo.

A cada cuerpo que entra al SML se le toma una impresión de sus yemas, por lo que la dactiloscopia es la técnica de identificación más utilizada y, a pesar de que a veces las huellas en el Registro Civil son poco claras, la más efectiva. Para identificar por informe máxilofacial hay que obtener registros anteriores. El problema es que rara vez los ciudadanos poseen uno actualizado. Cuando es por ADN, hay que comparar la muestra

con padres, hermanos o hijos, los que en muchos casos no aparecen o, simplemente, nunca fueron buscados.

### **Misión no cumplida**

El 10 de abril de este año, el SML firmó con la Policía de Investigaciones (PDI) un protocolo de cooperación e intercambio de información para facilitar la búsqueda por encargo de personas desaparecidas y de familiares de cuerpos identificados.

-La identificación del cadáver nos permite conocer su red familiar a través del Registro Civil. Con ese mapa, podemos sentar directrices para llegar a su ubicación. En el extranjero trabajamos con Interpol y las otras policías de la región para dar con el paradero de familiares. Usamos una metodología investigativa y se utilizan todos los recursos logísticos y humanos para ubicarlos -cuenta el subprefecto Segundo Leiton, jefe nacional de Ubicación de Personas de la PDI.

Leiton asegura que cerca del 5% de las personas declaradas desaparecidas llegan muertas al SML y que en muchos casos, a pesar de haber ubicado a los familiares, éstos no retiran el cuerpo porque están muy lejos, porque no son tan cercanos o no pueden costear los gastos de un entierro.

-Pero eso escapa a nuestra misión. Al ubicar a los familiares nuestra tarea ya está cumplida. Ese es nuestro rol y cumplimos con eso. El resto es un tema legal -agrega Leiton. CIPER comprobó que ese rol no se cumple. En lo que respecta al grupo de los 13 cuerpos, entre los que estaba el de Jaime Cifuentes, en los registros de la Brigada de Homicidios de la PDI se constata que sólo con Jorge Salazar Valdivieso hubo notificación. Era huérfano y murió el 23 de enero de este año. Como no tenía familia, la policía le avisó a un amigo con el que vivió durante muchos años. Le dijeron que si quería recuperar el cuerpo, se acercara al SML. Pero éste nunca lo hizo. En cambio, le entregó la información a un notario en cuya casa Jorge hacía el aseo. Se suponía que el notario se encargaría de sepultarlo. No fue así.

En los otros once casos de personas identificadas, ningún cercano fue notificado. Las familias de dos de ellos se enteraron meses después de sus entierros, luego de ser ubicados por CIPER, lo que da cuenta de que era posible encontrarlos.

El inspector de la BH Robert Briones afirma que si no hubo notificaciones se debe a que la policía no recibió una orden del fiscal para comunicarse con las familias. Y que la tarea de dar aviso a los familiares corresponde al SML. Pero en el SML dicen que la ubicación de los cercanos al difunto es labor de las policías y la fiscalía. En la fiscalía reconocen que ellos avisan a través de la red familiar inscrita en el Registro Civil, pero aseguran que no es su responsabilidad.

-El tema es bastante informal. Si hay un pariente cerca, nos ponemos en contacto con él, si no, hay que buscar la red familiar. Pero tiene que quedar clara una cosa: la búsqueda de los familiares no es nuestra función, así que no sé si queda o no registro. Lo que sí queda es que no se ha entregado el cuerpo a nadie -explica De la Prida.

Fue el fiscal De la Prida quien el 21 de enero respondió a la solicitud que llegó dos días antes desde el SML de Santiago y liberó 10 cuerpos no reclamados y estacionados en las cámaras de refrigeración, entre los que estaba el de Jaime Cifuentes. En todos se habían realizado las pericias correspondientes y sus causas habían sido sobreesidas. Al poco tiempo se sumaron Jorge Salazar y dos más. Recién el 9 de abril saldrían en ataúdes de segunda mano (recuperados de algunas cremaciones) y repartidos en dos camionetas que los llevarían hasta el patio 129 del Cementerio General.

-Son los que están desde la sepultura 705 hasta la 717. Cualquiera que viera estas 13 tumbas pensaría que allí no hay nadie enterrado. Sólo se sabe que están usadas por el nombre que aparece pintado en la cruz -dice Raúl Rojas, jefe de seguridad y de terreno del Cementerio General, quien se encargó de recibirlos el día de su entierro.

### **El entierro de los números**

En un funeral común -a diario hay alrededor de 35 en el Cementerio General-, la carroza fúnebre llega hasta la entrada, seguida por un séquito de dolientes. Luego sacan el cajón, lo ponen sobre un carro con coronas de flores y caminan en procesión hasta el lugar del entierro en medio de llantos y oraciones.

Pero el de Jaime Cifuentes y los otros 12 no fue un funeral común. Dos camionetas del SML llegaron hasta el mismo patio con cuatro féretros cada una, y una tuvo que ir y volver por los muertos restantes. Todo se hizo lo más rápido posible, aunque como algunos de los ataúdes eran muy anchos, tuvieron que cavar un poco más. No hubo rezos ni flores ni caras tristes: sólo siete trabajadores del patio y algunos funcionarios del SML que se quedaron hasta que los cajones fueron depositados. Antes de que los taparan, ya se habían ido.

Cuando los introdujeron en la tumba, no se mencionaron sus nombres. Lo que se escuchó fue: "Sepultura 712, protocolo 4520" y así sucesivamente.

-Lo que se dice son los números de protocolo. Nos regimos por el papel que traen del SML donde sólo aparecen el número de sepultura, el número de protocolo y el día del entierro. Ahí no existen sus nombres: son más números que personas -cuenta Raúl Rojas.

La tumba de Jaime Cifuentes sólo es igual a las que están inmediatamente junto a ella. Con las demás del patio 129 no hay mucho parecido. Es cierto que todas miden lo mismo y tienen la misma profundidad. Pero en la pequeña cruz blanca de metal que las encabeza - en la que se lee el nombre, fecha de nacimiento y data de muerte-, empieza la diferencia.

En la de Jaime, por ejemplo, sólo aparece su nombre (y no completo) y el día que lo enterraron: 9 de abril de 2008. Y mientras que casi todas las demás sepulturas están cubiertas o colmadas con flores de colores, toldos, banderas de equipos de fútbol, muñecas, peluches y cualquier otro objeto que haya sido del agrado del difunto; la de Jaime sólo tiene encima maleza, tierra dispereja y dos jarrones de agua vacíos. Uno parado, el otro caído.

A pesar de los signos de abandono, Jaime Cifuentes no podría quejarse: es el único de los 13 cuerpos que llegaron el 9 de abril desde el SML que alguna vez recibió flores.

-Creo que una prima y un tío que vinieron a visitar el Cementerio fueron los que encontraron por casualidad su sepultura -dice Rojas-. A ellos les llamó la atención el alcance de nombre, así que empezaron a hacer las indagaciones y resultó que efectivamente era miembro de su familia. En los jarritos pusieron unas flores, pero no aparecieron más.

Los sepulcros del patio 129 cuestan \$169.000 -aunque por un convenio, al SML le salen gratis-, son individuales y esa cantidad asegura la permanencia por 5 años. Después, sus ocupantes deben emigrar a otra tumba si sus familiares la pagan; de lo contrario, sus restos se creman y las cenizas van a parar a un incinerario común: un pozo donde se vacían los restos del crematorio.

-Y ahí se pierde la pista individual del muerto -acota Rojas.

Después de dos horas, las 13 tumbas estaban cerradas. Cristian Muñoz, uno de los sepultureros, cogió unos cardenales de una sepultura cercana y los puso encima. Al día siguiente, anotaron en las cruces sus nombres (incompletos), al tiempo que empezaba a crecer la maleza sobre ellas.

A la semana, el SML mandó dos cuerpos más. Sus cruces dicen "Hugo A. Parra L." y "Oscar F. Rojas O." Y el día del entierro (17/04/2008). En el patio contiguo están los 18 cadáveres que llegaron el año pasado, de los cuales 5 son N.N. Y a pesar de que este año ya han sido 24 los cuerpos no reclamados que han seguido esta misma ruta (algunos incinerados, otros inhumados), en las cámaras del SML los muertos de nadie se siguen acumulando.

Como las mujeres que cuidan las tumbas trabajan por propinas, las de ellos sólo han recibido los cuidados mínimos. La cruz del único N.N. del grupo de Jaime, fue rayada y vuelta a pintar, pero no han vuelto a poner las dos letras que indican que murió sin ser identificado. Sobre las otras sepulturas hay papeles de galletas y chocolates. Ni los perros que algunas personas abandonan en el Cementerio General se echan sobre ellas.

Raúl Rojas recuerda que uno de los cuerpos que llegó en 2007 fue rescatado por su familia ocho o nueve meses después de su entierro. Después de que CIPER le informara a la familia de Jaime sobre su muerte, las visitas podrían empezar a llegar. Quizás lo mismo

sucedía con Juan Alberto Silva Leal a cuya familia CIPER también notificó de su muerte. Silva fue el último del grupo en llegar a las cámaras del SML en agosto del año pasado. Y el único que tenía actividad comercial registrada.

También descubrimos otra diferencia: a pesar de estar muerto, siguió comprando en casas comerciales, arrendando una pieza en una casa de Maipú y firmando cheques que no tenían fondo. Pero esa es otra historia que ya les contaremos.

### **MUERTOS DE NADIE (III): EL MISTERIO DE LAS DOS VIDAS DE JUAN ALBERTO SILVA**

*A la familia de Juan Alberto Silva Leal tampoco le avisaron de su muerte. Lo supieron cuando CIPER se los comunicó. Había pasado más de un año. Pero su muerte encerraba un enigma. Después de morir, Silva continuó endeudándose, emitiendo boletas, solicitando créditos en bancos, pagando con cheques y tarjetas en supermercados y casas comerciales y arrendando una pieza en Maipú. Reconstruimos su historia y develamos el misterio de sus dos vidas: drogas, abandono y estafas incluso después de fallecer. Dos hombres distintos pero una sola identidad. Los vacíos de la justicia permiten que el delito también se apodere de los muertos que nadie reclama.*

El 8 de agosto de 2007 el cuerpo de un hombre de barba y cabello entrecanos y sin ningún documento que acreditara su identidad ingresó al Servicio Médico Legal de Santiago. La autopsia determinó que su muerte fue provocada por un edema pulmonar originado en una falla hepática. El parte respectivo señala que fue encontrado en avenida España y que portaba mocasines café, una chaqueta polar negra, un chaleco rojo, una camisa azul a cuadros, un pantalón de cotelé verde, un cinturón y un par de calcetas negras. Como marca distintiva se indica que tiene la nariz desviada hacia la izquierda además de una quemadura antigua en la cara interna de su pierna derecha.

En las tres semanas siguientes su cuerpo fue diseccionado dos veces. Primero, por un grupo de estudiantes de educación física de la UMCE. Después, por unos alumnos de kinesiología de la Universidad Mayor. Hasta que el 29 de agosto, desde el subdepartamento de dactiloscopia del SML, llegó el informe que lo identificó como Juan Alberto Silva Leal. Así se consignó en su certificado de defunción.

Juan Silva había pasado 21 días en una cámara refrigerada del SML caratulado como "N.N." y con una edad estimativa de aproximadamente 60 años. Un error, porque sólo tenía 44 años al momento de fallecer. No sería el único episodio extraño que convertiría su caso en un misterio a resolver.

Porque al rastrear las historias de los 12 muertos que salieron identificados desde el SML para ser inhumados el 9 de abril en el Patio 129 del Cementerio General sin que ningún familiar los reclamara, CIPER descubrió en Impuestos Internos (SII) que Silva Leal era el único que registraba una actividad comercial. Su giro: "Otras actividades de

entretenimiento N.C.P.”, iniciado en noviembre de 2005. Hasta allí todo era normal. Fue al seguir investigando que empezó el problema: Juan Silva aparecía con boletas de honorarios timbradas en 2008 a pesar de haber fallecido en agosto de 2007.

Fue su registro en Dicom el que aportó un nuevo misterio: sus deudas bordeaban los \$17 millones. Aparecía además un domicilio en Maipú. Decidimos ir hasta su casa para intentar descifrar cómo un muerto podía seguir haciendo compras y contrayendo deudas.

No se trataba de un alcance de nombres. Tenían el mismo rut, los mismos registros. Pero un Juan Alberto Silva Leal estaba enterrado en el Cementerio General desde agosto del año pasado; el otro, vivió en esa casa de Maipú hasta enero de este año, hizo asados, habló poco pero se endeudó mucho para luego desaparecer sin decir ni siquiera hasta luego.

Dos personas distintas, aunque con un mismo nombre. Porque el Juan Alberto Silva Leal enterrado en el Cementerio tenía la nariz visiblemente chueca, en cambio el que vivió en Maipú hasta enero de este año la tenía “respingada y muy derecha”, según nos dijo la dueña de casa, Margarita Pavez. Había que reconstruir ambas historias. Empezamos por la del hombre enterrado en el Patio 129.

#### **Pequeño Juan**

Berta Leal tiene 79 años. Y cuando camina, lento y apoyada en un bastón, en cada paso que da en su casa de la población San Gregorio en La Granja, va contando su agobio. Su cuerpo la delata, pero mantiene el control en su rostro. Hasta que sus ojos se humedecen y las lágrimas se le escapan. Le acabamos de informar que Juan Alberto Silva, el menor de sus cinco hijos, está muerto. Y a pesar de que falleció hace más de un año, ni ella ni nadie de su familia fueron informados. Pero lo temían.

-Me hizo sufrir mucho -dice Berta Leal cuando al fin puede hablar.

Haciendo memoria, Berta dice que la última vez que lo vio fue hace cuatro o cinco años. Recuerda muy bien que apareció en la casa borracho y drogado junto a un amigo. No era la primera vez. Ya antes su hijo Juan llegaba muy de vez en cuando. Y cada vez en un estado más deplorable.

-Llegaba sólo para pedir plata y robarle cosas a mi mamá -dice Patricia, la hermana mayor de Juan.

La madre relata que Juan dijo que tenía dos hijas, una de 15 y otra de 18 años. Pero nadie le creyó. Cuando Juan llegó por última vez a la casa familiar, les dijo que vivía en la calle y pedía para poder comer. Eso sí le creyeron.

Juan pasó su infancia en la casa de una tía. Berta cuenta que tuvo que mandárselo “para evitar que pasara por lo mismo que el resto de mi familia”. El problema era su marido y el



padre de Juan: alcohólico y violento. Casi en un murmullo Berta cuenta que le pegaba a ella y a sus hijos.

La madre dice que de niño Juan era obediente y respetuoso, que decía que cuando grande trabajaría junto a su hermano Carlos en la confección de ventanas de aluminio. Que era alegre y bueno para la talla, no le gustaba bañarse, pero iba al colegio.

Los recuerdos de su hermana Patricia son distintos. Dice que de niño apenas lo vieron, que no se portaba bien, que nunca fue al colegio, que su tía lo echó a los 12 años porque se robaba cosas de la casa, que entonces volvió al hogar familiar en la población San Gregorio.

En lo que ambas concuerdan es en cómo fue la vida de Juan a partir de ese momento: comenzó a pasar sus días en la calle bebiendo alcohol o aspirando neoprén con amigos. Hasta que cuando tenía 15 años, Carlos, su hermano mayor, lo echó de la casa por haberle robado y vendido una radio para comprar drogas.

Desde que Carlos lo echó de la casa en 1978, Juan empezó a vivir en la calle. Patricia cuenta que no saben dónde se quedaba, pero que a veces lo veían por la calle 10 de Julio. Cuando aparecía por la casa se quedaba unos días, pero su hermana y su madre dicen que sólo era para sacar cosas y pedir plata. “Desaparecía y volvía, vendía todo lo que pillaba”, dice Berta. Nunca le conocieron un trabajo. Y se puso violento. Su madre cuenta que sólo a ella no la agredía, que sólo a ella le decía que la quería. Hasta que en una riña en la calle, la nariz le quedó desviada. Las pocas veces que volvió seguía en lo mismo, más viejo, pero igual: sucio, borracho, drogado, sin un peso y sin trabajo. Adicto al neoprén y a la pasta base, sus ojos estaban cada vez más rojos. Hace cuatro o cinco años ya no volvió.

Esa descripción es totalmente distinta a la que hace Margarita Pavez, en su casa en la comuna de Maipú. Ella conoció a otro Juan Alberto Silva Leal, el hombre que no tenía la nariz chueca. Ella sí supo de su muerte. Pero las fechas no calzan.

Buscamos entonces la historia del otro Juan Alberto Silva Leal, el que arrendaba una habitación en Maipú y desapareció de allí medio año después de la fecha que registra su certificado de defunción.

### **El otro Juan Silva**

En junio de 2007, Margarita puso un anuncio en un kiosco de diarios del vecindario informando que arrendaba una pieza de su casa. Un hombre llegó. Le contó que antes vivía con su mamá en Estación Central, pero que la casa le quedaba muy lejos de la panadería en Cerrillos donde se desempeñaba como maestro pastelero. Le mostró su carné de identidad. Lo revisó con detención. Mal que mal, le abrió la puerta de su casa. No encontró nada extraño en la cédula que llevaba el nombre de Juan Alberto Silva Leal. Y como le pareció “un tipo decente”, le arrendó la pieza por \$45.000 mensuales.

De inmediato Juan se instaló en la casa con un bolso y algo de ropa. Le anunció que sólo se quedaría por un tiempo. Durante ocho meses, Silva Leal fue su arrendatario. Casi siempre le pagó por adelantado y en efectivo y más del precio convenido: a veces \$60 mil, otras \$75 mil. No sólo eso. Margarita recuerda que siempre llegaba con cosas para la casa: aceite, huevos, leche. Y en algunas ocasiones traía pasteles. Le decía que eran de la panadería donde trabajaba.

El hombre que Margarita y su familia conocieron como Juan Alberto Silva Leal parecía no tener historia. Hablaba muy poco. Y de lo poco, lo único que contó fue sobre su madre: “dijo que sólo la tenía a ella”. Nunca mencionó hijos. En una sola oportunidad lo escucharon hablar de mujeres: se refirió a una que lo abandonó. Tampoco traía amigos, con una sola excepción. Margarita y su familia se convencieron de que la vida de Juan giraba en torno a su madre.

-Le compraba alimentos, medicamentos y pañales... La única vez que me acompañó al supermercado, lo vi gastar más de \$100.000 en cosas para ella. Lo pagó todo con un cheque y guardó tarjetas en su billetera -relata Margarita.

La mayoría de los fines de semana Juan Silva no se aparecía por Maipú. Lo veían salir los viernes y no llegaba hasta el domingo en la noche. Todos los días salía a las 8:30, volvía tarde y solía desaparecer días e incluso semanas enteras.

-Casi siempre él venía, se cambiaba y se iba. No sé para qué me arrendaba la pieza, si casi no pasaba aquí. Cuando volvía, contaba que había estado donde su madre -dice Margarita.

La casera de Maipú sí recuerda otro dato: Juan Alberto era bueno para el trago. Aunque asegura que no era alcohólico y menos drogadicto. “Era curaíto no más”, dice.

Lo describe como un hombre de ojos grandes, contextura media, canoso y de bigotes. También dice que era serio y letrado, aunque “no se daba para hablar”. Ella nunca le preguntó la edad, “pero parecía tener más de 50 años”.

Cuando Juan Alberto se fue de la pieza que arrendaba, se llevó su bolso. Pero dejó su ropa: “unas cuantas camisas y unos pantalones, nada de marca, ropa de feria”. Al cabo de seis meses que Juan Silva desapareciera, Margarita le regaló la ropa a los basureros de su barrio. Fue en julio pasado. Para entonces, Margarita ya tenía muchas preguntas sin respuesta. Porque en noviembre y diciembre del año pasado, sorpresivamente su arrendatario se atrasó en los pagos. Y cuando se fue sin despedirse, le debía \$60.000.

Como no volvía, Margarita lo llamó días después al celular donde siempre lo ubicaba. Para su sorpresa, otro hombre le contestó: muy cortante dijo no conocer a ningún Juan Alberto Silva.

Dos semanas después, Margarita recibió la última noticia de su arrendatario. Darío, un contador que Juan Alberto presentó como un amigo, la única persona que alguna vez lo visitó, le avisó por teléfono que “Juan Silva había muerto el 12 de febrero”. Dijo haberse enterado por casualidad, que lo habían encontrado en la calle y que parecía haber muerto de un ataque. Ella no preguntó más. Era febrero de 2008.

Para esa fecha un fiscal ya había firmado la autorización que le permitía al SML deshacerse de 13 cuerpos que nunca fueron reclamados. Entre ellos estaba Juan Silva Leal, el de la nariz chueca. Pero nadie había buscado a su familia y menos su rastro.

### **Juan Alberto de visita**

Cuando Juan, el de la nariz desviada, nunca más volvió a la casa familiar, su madre dejó constancia en el retén de Carabineros más cercano. Ahí le dijeron que lo iban a buscar. Nunca tuvo respuesta. Hasta ahora, que CIPER llega a su casa. Porque nadie le avisó que su hijo había muerto en agosto del año pasado.

-Él me hizo mucho daño, pero cómo no me va a dar pena si igual era mi hijo -dice llorando y con la voz casi en un hilo.

En el informe máxilofacial que se elaboró el mismo día de su ingreso al SML, dice: “De los dientes normalmente visibles, los anteriores superiores, no se presentan por ausencia casi total de ellos. Persistencia de la pieza Nº 6 (canino derecho), con pérdida de sustancia extensa. En tanto a los inferiores, se presentan completos, diastemizados por paradentosis, disparejos. Los grupos dentarios posteriores (molares y pre-molares) se presentan muy parcializados y sin signos de intervención profesional rehabilitadora, compatible con bajo nivel socio cultural”.

La descripción no concuerda en nada con la del otro Juan Silva, el que arrendaba una pieza en la casa de Margarita Pavez y tenía su nariz derecha: “Me llamó la atención su chequera y sus tarjetas, porque no parecía hombre de esas cosas, pero tampoco era un hombre de la calle”, afirma.

Uno de los Juan Alberto Silva Leal era drogadicto y alcohólico, nunca trabajó ni estudió, robaba y golpeaba a sus hermanos, vivió en la calle por más de 30 años. Tenía la nariz desviada, usaba barba y no tenía dientes. Su madre no lo veía hace más de cuatro años. Murió el 8 de agosto de 2007 y nunca nadie lo reclamó.

El otro Juan Silva apareció en Maipú en junio de 2007, arrendó una pieza, tenía chequeras, tarjetas de crédito, pasaba los fines de semana con su mamá, trabajaba, era educado aunque un poco “curaíto”. Tenía dientes y la nariz derecha. Y desapareció en enero de este año para morir en febrero. Pero ambos tenían el mismo nombre y rut, los mismos datos en el Registro Civil.

Si para Berta fue difícil olvidarse de su hijo, para su casera, Margarita, tampoco fue fácil dar vuelta la hoja de su historia con el otro Juan Silva. A pesar de haber desaparecido sin aviso, su presencia en la casa de Maipú seguía dejando huellas.

### **El moroso Silva**

Después de que Juan Silva desapareció en enero de este año, Margarita empezó a recibir cuentas de múltiples casas comerciales a nombre de su ex arrendatario. Dice que casi todos los días llegaba alguna hasta que empezó a botarlas. Muestra dos que aún conserva: las tarjetas Presto (Líder) y Más (Jumbo) a nombre de Juan Alberto Silva Leal hablan de movimientos en septiembre y noviembre de 2007, respectivamente.

Entre las otras que llegaron, Margarita cuenta que muchas superaban los \$700.000 de deudas. Lo que Margarita no sabía era que, según el registro en Dicom, Juan Alberto Silva Leal acumula deudas por casi \$17 millones.

No sólo cuentas recibió Margarita. También le llegaron varias notificaciones de cheques de Silva protestados. Algunos eran por tres millones de pesos, otros por cuatro. Según recuerda, firmados entre octubre y noviembre de 2007. En marzo o abril de este año llegaron a su casa cuatro hombres muy bien vestidos a buscarlo. “Tenían buen desplante, así que debían ser detectives”. Ella les dijo que había muerto.

-Lo buscaban por algo relacionado con una carnicería de la esquina de El Huaso con avenida Las Naciones. Yo no entendía nada, porque él dijo que era maestro pastelero por Cerrillos- dice Margarita.

Después, por ahí por abril, lo irían a buscar otros hombres que dijeron ser “del banco”. Esas dos visitas serían claves para descifrar más tarde el misterio.

Ella no entiende qué hacía Juan con las cosas que compraba y por las que le siguen llegando cuentas. En su pieza sólo tenía su ropa y un bolso, exactamente con lo que llegó a su casa en junio de 2007. No tenía ni televisor ni radio. Y le pareció raro porque Margarita recuerda muy bien que en septiembre del año pasado, Silva llegó una mañana con un televisor plasma de 19”. Pero esa misma tarde se lo llevó.

Un segundo episodio agrega más confusión. Margarita recuerda que Juan Alberto Silva no llegó durante varios días para la Navidad de 2007. Hasta que el 27 de diciembre -después de cuatro días ausente- apareció con una botella de champagne y carne para hacer “un asado a lo grande”. Le preguntó a Margarita si sabía dónde conseguir “falopa” para un amigo que venía de Temuco. Quería celebrar, anunció, el fin de año.

Lo que Margarita no sabía era que Juan Alberto Silva estaba celebrando otro acontecimiento. Uno ocurrido entre el 24 y el 26 de diciembre, precisamente en los días que estuvo ausente.

## De Juan Silva a Edmundo Lillo

Fue en la fiscalía Centro Norte donde encontramos el cabo suelto que faltaba en esta historia. Fue allí que se recibió la denuncia del Banco Estado que involucraba a un tal Juan Alberto Silva Leal. En abril de este año se inició una investigación. Al menos eso aparece en el expediente.

El mismo día de la Navidad, el 24 de diciembre de 2007, hasta la sucursal del Banco Estado en Quinta Normal, llegó Juan Alberto Silva Leal acompañado de Paulo Soto Pinochet, esposo de Roxana Muñoz Díaz, funcionaria del banco. Silva se acercó al jefe de plataforma y le pidió un crédito por \$8.000.000. No hubo problemas. Además de estar acompañado por el esposo de una funcionaria de la entidad bancaria, Silva presentó todos los documentos requeridos: carné de identidad, boletas de honorarios, declaración anual de impuesto a la renta, iniciación de actividades y comprobante de domicilio. Se verificaron los datos. Todo estaba en regla. Se le aprobó el crédito.

A los dos días Silva volvió nuevamente junto a Paulo Soto a cobrar el vale vista. Sacó \$4.000.000 en efectivo y el resto lo dividió en dos depósitos -uno por 3 millones y el otro por un millón- en la cuenta RUT de **Edmundo Eusebio Lillo Ceballos**. Un día después regresó a la casa de Margarita para hacer su gran asado. Al mes desapareció. A las dos semanas Margarita recibió un llamado anunciándole la muerte de Juan Silva.

El 15 de abril, la gerencia del Banco Estado elaboró un listado con las personas que no habían pagado las cuotas de los créditos. Juan Alberto Silva Leal no había pagado ninguna. Lo buscaron en la casa de Margarita. Ella dijo que se había ido y que había muerto. Corroboraron la información con el certificado de defunción en el Registro Civil: 8 de agosto de 2007.

En ese momento en el banco se percataron de que habían sido estafados. Y presentaron la denuncia "teniendo fundadas sospechas que las personas involucradas en esta estafa son Paulo Soto Pinochet, el cual no apareció más por el banco, su esposa, la señora Roxana Muñoz Díaz, quien se encuentra con licencia médica indefinida, y el sujeto al cual le depositaron la otra parte de lo girado, Eusebio Lillo Ceballos, el cual suplantó la identidad de Juan Silva Leal".

Lillo tenía historia. O prontuario. El 11 de junio del año pasado, casi dos meses antes de que el verdadero Juan Alberto Silva falleciera, salió en libertad desde Santiago luego de pasar tres meses preso por asociación ilícita, estafas y uso de instrumento privado mercantil. Tres años antes, en junio de 2004, registra otro período de reclusión en la Penitenciaría por giro doloso de cheques. Según Dicom, tiene deudas por más de \$23 millones.

Durante 2003 y 2004, Lillo fue administrador de dos carnicerías en Cerrillos y, según la ejecutiva del banco, registra dos domicilios en Maipú: uno es la carnicería por la que los detectives buscaban a Juan Silva Leal en la casa de Margarita.

CIPER fue hasta la carnicería. Su dueño, Manuel Jerez, no estaba. Más tarde, lo contactamos por teléfono. Le preguntamos si conocía a Juan Alberto Silva. Dijo que no, que nunca había escuchado ese nombre.

Hace algunos días, CIPER fue nuevamente a la casa de Margarita Pavez. Le mostramos la foto de Juan Alberto Silva Leal -el hijo de Berta-. La ex arrendataria del hombre que hablaba poco, la miró con detención.

-Se parece mucho, pero no es el hombre que estuvo en mi casa. Estoy cien por ciento segura que no es el mismo. El que yo conocí no tenía patas de gallo junto a los ojos, su rostro era más rechoncho y tenía la nariz recta y más respingada -afirma.

Ese mismo día, Margarita reactivó su teléfono después de tenerlo tres días inhabilitado. La primera llamada que recibió fue de una ejecutiva de Tricot. Le preguntó por Juan Silva. Aburrida de que le pregunten por un muerto, simplemente respondió que no estaba, que le dejara el mensaje. "Necesitamos ubicarlo. ¿Podría decirle que se acerque a cualquiera de nuestras tiendas?", fue la respuesta que escuchó.

Días después, CIPER fue de nuevo hasta la casa de Maipú. Esta vez, con la fotografía de Edmundo Lillo.

-Ese es. Él fue el hombre que vivió en mi casa -aseguró Margarita al ver la imagen.

Hasta ese momento ningún policía había llegado hasta la casa de Berta Leal, la madre del verdadero Juan Alberto Silva. Y ello porque nadie se encargó de encontrar a los familiares del hombre que murió el 8 de agosto de 2007 en la avenida España y pasó ocho meses en una cámara refrigerada del SML antes de ser enterrado en el Patio 129 del Cementerio General. Y como nadie lo hizo, otro hombre ocupó su nombre, arrendó durante ocho meses una habitación en una casa de Maipú antes de desaparecer y darse por muerto en febrero de este año.

Lo que nadie sabe es cuál es la identidad que adoptó el segundo Juan Silva ahora. Lillo cumplió en agosto una condena de 41 días de reclusión nocturna por estafa. Pero salió libre, sin que pudiera ser formalizado por el fraude en el banco. Y aunque se le está investigando por esa y otra causa, nadie lo retuvo. Bien podría estar hablando muy poco y arrendando otra pieza en algún lugar de Chile.

## ***Las leyes que mantienen libre a Edmundo Lillo***

Nadie sabe si Edmundo Lillo irá a la audiencia programada para el 12 de diciembre en el 6º Juzgado de Garantía de Santiago, donde será formalizado por la estafa de \$8.000.000 al Banco Estado.

-No podría asegurar si el tipo va a ir o no, porque si no está preso... -dice el fiscal jefe de la Fiscalía Centro Norte, Leonardo De la Prida.

A pesar de contar en su historial con una condena como autor de una estafa residual, dos causas por estafa y una por usurpación de nombre, Edmundo Lillo no puede ser encarcelado. Los delitos contra la propiedad tienen una pena que va de los 61 días hasta los 5 años: son simples delitos, no crímenes. Para ellos funciona la ley 18.216, la que tiene tres tipos de beneficios: remisión condicional, reclusión nocturna y libertad vigilada.

Si una persona recibe condena de hasta tres años, pero no tiene antecedentes, accede al primero de los beneficios. Si por ejemplo, le dan 61 días de remisión condicional, pero reincide, se le revoca y debe cumplir la pena anterior más la nueva -otros 61 días- en reclusión nocturna. Pero no va a ir a prisión efectiva hasta que la suma de sus condenas complete los dos años.

-Un estafador de poca monta que ha sido condenado dos, tres o cuatro veces a penas de 61 días, puede optar a la reclusión nocturna -explica De la Prida- porque en total no suman los dos años. Podrá ser escandaloso, pero la explicación está en la ley 18.216 y el juego que hacen con ella los jueces, que la aplican de forma casi aritmética. El problema es que en Chile no hemos evolucionado mucho en el "delito de cuello blanco". Aquí le damos duro a los que salen robando collares en las esquinas, pero en realidad, estos tipos producen más daño.

En una fecha próxima aun no determinada se realizará una audiencia para preparar un juicio oral por una causa por estafa, ingresada en marzo de 2007 a la Fiscalía Centro Norte, en la que Lillo es el principal imputado. Y aunque le puedan dar 541 días, y ya tenga antecedentes, la suma total de sus condenas le permitiría optar a la reclusión nocturna. Y, como ocurre la mayoría de las veces, las penas mayores a 6 meses bajo ese beneficio, no se cumplen: el condenado deja de asistir. Ahí el beneficio se le revoca, pero no pasa nada hasta que lo vuelvan a aprehender.

-Lo más probable es que Lillo siga en este momento haciendo lo mismo -dice De la Prida-. Pero así es el sistema. Esa es la verdad.

### **Links a reportajes de la serie:**

<http://ciperchile.cl/2008/11/12/muertos-de-nadie-i-abandonados-en-el-sml/>

<http://ciperchile.cl/2008/11/18/muertos-de-nadie-ii-la-ruta-de-los-cadaveres-sin-dueno/>

<http://ciperchile.cl/2008/11/27/muertos-de-nadie-iii-el-misterio-de-las-dos-vidas-de-juan-alberto-silva/>